

CÓDIGO AMARILLO

Concha Gómez Cadena

HABLEMOS EN SILENCIO

Remedios Clérigues Amigó

PINCELADAS SOBRE LIENZO BLANCO

Florencia Falo Sevil

Primer Premio

CÓDIGO AMARILLO

Concha Gómez Cadena

Mientras espero que mi padre me avise para llevar el remolque y descargar la tolva de la cosechadora, cierro un rato los ojos. El sol dentro de mi cabeza sigue haciendo brillar las espigas de la cebada, dobladas y rubias como la cabeza de Raquel.

Raquel amarilleaba sentada en un sillón, tapada con una colcha que la envolvía, igual que la vainilla con los dulces típicos de las fiestas. Parecía que buscaban difuminarla, confundirla en ese color. Dicen sus padres al respecto y sin drama alguno que es sólo una ictericia causada por algo que irrita su hígado. ¿Es qué nadie le da importancia a exceso de amarillo? O es que por el contrario sus padres tratan de disimularlo sumergiéndola entre ropa canela; hasta las cortinas hacen juego con su pelo, más rubio que nunca.

La cebada también amarillea con fuerza y se dobla, resignándose a la cosecha.

La cabeza de Raquel pesaba y se plegaba.

Suena de lejos el pito de la máquina, mi padre se impacienta.

—¿Te has dormido o qué...? Vámonos al *Moralejo*, déjame allí el remolque y marchas *al molinazo* a darte un baño ¡a ver si te despejas! —Por respuesta le sonrío, agradeciendo su paciencia.

El pantano está muy cerca, bajando la cuesta que arranca justo detrás de las parideras hasta la entrada del viejo molino, ahora sumergido y en ruinas, donde

se forma una playa artificial. Era allí donde nos bañábamos todos en verano, pero los del pueblo no nos atrevíamos a perder el pie, aún recordábamos a Paquito, el hermano pequeño de Matías, flotando inerte boca abajo a sólo unos metros de donde se toca suelo. Había sido Raquel quien insistió para que volviéramos y consiguió que retomáramos la costumbre porque eran los ratos más divertidos del verano, los chicos arriesgando con el agua hasta el cuello, las chicas cotilleando y tomando el sol.

Excepto ella.

Cada vez que la veía nadando sola, empeñada en localizar el molino sumergido, me volvía a la cabeza la cara hinchada y los ojos muy abiertos de Paquito cuando lo sacaron muerto del agua, por eso nunca fui capaz de seguirla hasta lo más hondo.

Se dice que aquello ya se veía venir, se dice más y peor. ¡Hepatitis! ¿A saber donde la habrá pillado? Los entendidos hablan de una hepatitis buena y otra mala, de mala gente. Se hacen pocas concesiones. ¡Tanta libertad! Sola en la ciudad todo el verano... Se habla de contagios, peligros.

Esteban dejó claro que hacía tiempo que no tenía nada con ella, aún así nos convenció para ir a hacer la visita. Todos juntos, poco rato, nunca se sabe.

En el agua recuerdo cuando Raquel me enseñó a hacer la plancha. —Tira del cuerpo hacia arriba como si quisieras sacarlo del agua y volar en vez de nadar— Decía riéndose y me empujaba por debajo. Consiguió así, a pesar de las puyas que el resto nos lanzaba desde la orilla, enseñarme a flotar. Después en invierno he practicado a diario en la piscina climatizada, ya la cruzo sin parar a descansar al menos veinte veces, cuento las vueltas que soy capaz de dar sin agarrarme y calculo si sería suficiente para acompañarla a lo más hondo. Pero el pantano es diferente, allí flotaba Paquito boca abajo. Sólo cuando Raquel estaba conmigo era capaz de dar unas pocas brazadas hasta las piedras, ella me ayudaba a frenarme, se reía porque yo únicamente aguantaba nadando de espalda.

—Lo haces bien, pero te falta mirar por donde nadas —y se reía de nuevo ante mi cara de susto.

—Tranquilo no pierdas la calma.

—A tu lado nunca la pierdo —me atreví a decirle, todavía sofocado—. Nadaría hasta la presa, aunque la rompiese de un cabezazo —y ella se reía y la cara le amarilleaba un poco en lugar de sonrojársele, reía y el sol arrancaba esquiras doradas a su pelo húmedo y daba igual que en la orilla estuviera Esteban, el hijo del médico, su novio, que seguía empeñado en contarle al resto el aspecto del hermano de Matías, dejando claro que fue él quien lo vio más de cerca.

¿Cuánto hace que no vamos todos a bañarnos? ¿Cuánto tiempo ha pasado dos, tres, o cuatro veranos? No hemos vuelto desde que Raquel rompió con Esteban y dejó de acudir en vacaciones.

Querría volver a verla, contarle que sigo practicando. No me atreví a decirle nada el otro día, parecía tan cansada, casi no sonrió. A Esteban ni mirarlo, y a mí apenas me dirigió la palabra. Luego él interpretó que era porque se sentía avergonzada, que sería mejor no molestarla más, que a saber lo del contagio.

Pienso en su cabeza doblada. Olvido que floto y mi cuerpo se desplaza sobre el agua más allá del camino, donde se pierde la playa. Sin ella, vuelvo a ver aquella cara cenicienta de ojos saltones que tantas veces Esteban nos había descrito. Necesito a Raquel rozando mi nuca, nadando a mi lado —claro que puedes, tú eres el mejor de todos— estoy seguro que es ella porque me habla entre risas, como siempre hacía en el peor momento y puedo verla estirando los brazos para sujetarme.

He llegado a la orilla temblando.

Hemos terminado de cosechar y yo sigo indeciso. El almacén está lleno de montones de cebada, el polvo flota y pinta en haces la luz que se cuela, pero a cubierto el brillo del cereal es sucio. La cebada encerrada no se parece al oro.

—Anda marcha a verla ya —de nuevo es mi padre el que me despierta y me anima, está cansado de verme trabajar con mala cara.

La habitación color azafrán y su piel cetrina brillan. Su pelo está limpio de polvo, rubio como ya no es la cebada. Ella sonríe nada más verme entrar, ya no parece cansada. Le hablo del *Molinazo* y de mis proezas. Ella ríe y me mira de frente, me anima a seguir y no pregunta por los otros, de nuevo es como cuando estábamos los dos en el agua y sólo con rozarnos bastaba. Yo por fin acierto a mirarle y me decido a tocar sus manos, amarillas y alegres como el verano.

Segundo Premio

HABLEMOS EN SILENCIO

Remedios Clérigues Amigó

Hay conversaciones silenciosas en las que la empatía hace innecesarias las palabras.

(Fue un martes 13 de marzo del 2003).

Son estas las más en este trabajo, pues lo que se da es el diálogo del gesto, de la actitud, de la mirada, de la implicación con la persona que sufre.

(Ingresó en la habitación 113 de la planta de trauma por una caída nocturna de las 23, descubierta a las 13 horas. Vive sola)

No es preciso que te oigan para poder participar en un lenguaje de sordos, sin que ello sea peyorativo.

(La enfermera le acarició, se acercó por el lado izquierdo cogiéndole la mano “Cecilia, tranquila”, le susurró más que le dijo... Se le va poniendo vaga la audición)

No es preciso hablar un mismo idioma para comunicar sentimientos.

(Fue modista, aprendió su oficio en la calle Sagunto donde conoció a Luís un viajante de Riodeva, pueblo de Teruel lindero con Valencia. Por amor se subió a la sierra. Por amor sufrió desamor. Al principio, con cariño, solo le costó otro idioma de expresión, luego, sin él, casi le cuesta la vida) .

No es preciso que te vean para transmitir tranquilidad.

(Hasta hace 13 meses aún leía a diario. Siendo leída (Gracias a su afición a la lectura) superó lo insuperable. No le asustaba el papeleo. Aún mantenía ilusión por recuperar la vista. Leyó que se opera y tenía turno en la lista de espera).

Sí es preciso utilizar todos los recursos de lenguaje corporal al alcance para hacerse entender.

(Ingresa con la mirada inteligente pero perdida, estuporosa, con el cuerpo enjuto, consumido, la piel pegada al hueso, hecha un cuatro y fría)

La abrigan con una manta térmica aislante y sueros calientes, remetiéndole bien toda la ropa sobre todo en los pies, para arreglarla luego.

(Lleva la cara aún sucia, poco a poco el personal irá haciendo desaparecer los signos que la dejación de responsabilidad ha ido dejando en su cuerpo).

Ha tenido suerte...

Y es que para los ancianos, su cuidado es una verdadera Lotería. La línea entre la falta de higiene y el maltrato es muy fina, se confunde.

(Entra en calor, sube la temperatura de 33 a 37,3 grados)

Hasta el mejor profesional puede tener un día malo... haber discutido en casa, ...no llegar a fin de mes,...su segundo tontea con la droga.

El de este turno está relajado, con ganas de trabajar por ella. Es cariñoso, bromea, tiene el tacto delicado...No protesta, lo agradece. La vida sigue.

(En el ingreso anterior le atendió un buen técnico bastante bruto. Hablaba a gritos... Dijo sí a todo... *Ayer me dejó tirado el coche a dos kilómetros del curro*, le contaba al compañero)

Notó como le sumergían los pies en agua calentita, los secan, los vendan, qué confort siente, que gusto le da.

(En otro ingreso previo, una estudiante le cuenta su alegría por aprobar las tres últimas notas que le quedan por saber, mientras le hace un cambio postural y le da un masaje en la molleta del culo que tanto le duele... Se gasta muy buenas trazas, piensa,...será una buena profesional).

Nota una gasa húmeda que tras pasarla por los ojos se los deja libres para abrirlos aunque vea solo bultos.

(Ha aguantado sola porque hasta ayer estaba capacitada para las actividades básicas de la vida diaria, ha sido una persona libre e independiente.

Se subió a Teruel preñada y rota. Montó su taller de costura en cuanto pudo hacerlo por su cuenta, pero su hijo del alma no superó la escasez de Penicilina. Conoció a Pablo el amor de su vida, compañero y amigo, con quien compartía toda suerte de ideales. No les dio tiempo a fructificar su delirio. La sociedad provinciana de la época no les supo entender y aumentó su sufrimiento. Enviudó sin tener marido).

Tras el incidente de hoy, sospecha, es el fin. La institucionalización es segura.

La enfermera que le atiende sin embargo, pone en marcha el mecanismo de riesgo social, la trabajadora acude para explicarle que, a partir de ahora, llevará un *avísame* colgado del cuello por lo que pueda necesitar. Seguirá viviendo en su domicilio, pero tutelada. Le llevarán la alimentación cocinada al domicilio por 3 euros al día. Le asignarán la ayuda de una persona para su higiene personal y la de la casa.

(Está contenta, podrá seguir con su universo cotidiano, con sus recuerdos, en su hogar, sin peligro.

Feliz, regala tres sonrisas a la auxiliar cuando acaba de limpiarle la boca por dentro y es posible la entrada de aire entre las paredes, ahora sí hidratadas, de su garganta).

Les ha tocado en suerte Cecilia,

Una vida digna, intensa, dura y plena como la de cualquier persona que pasa por sus manos.

Una vida como otras que permite ser custodiada por ellos, depositada por azar enteramente en sus manos para que hagan con ella lo que quieran.

No tiene capacidad de protesta, se conforma con lo que le hagan y lo hace con una generosidad inmensa.

Es de ley que la de ellos por lo menos la iguale.

(Ahora puede articular palabras...¡cuánto trabajan ustedes!, ¡¿qué haríamos nosotros solos?!)

Les aguardan tantas biografías impresionantes, tremendas a poco que sepan escuchar.

Les aguarda tanto dolor relatado.

Les aguarda tanta felicidad compartida.

Se entregan a quien los quiera disfrutar. Su suerte está echada.

Y es que les puede tocar en fin, muchos, muchas, los más,

que reconforten su mucha soledad,

que alivien su mucho dolor,

que seden su mucha inquietud,

que aligeren sus muchos y complicados trámites,

que presten el hombro a su llanto

que acaricien su huérfana piel

que laven sus heridas más profundas

que compartan sus historias sin prisas

Cecilia sortea ahora sí, tres esbozos de sonrisa, tres miradas tiernas, tres caricias
agradecidas para quien se las sepa ganar.

Ha sido tratada con respeto.

Todo esto se sabe por muchos, muchas, los más, que me lo han contado.

Tercer Premio

PINCELADAS SOBRE LIENZO BLANCO

Florencia Falo Sevil

Tenía la cara blanca de luna y una expresión dulce que trataba de endurecer cuando se esforzaba en aparentar enfado.

-¡Ya está la cría por abajo haciendo de las suyas!, ¡ah, pues como te coja yo...!.

-¿Te cuerdas, yaya?.

Y fija su mirada en mí, tratando de encontrar algún rasgo que le ayude a identificarme como persona cercana.

-Al salir de la escuela corría a tu casa y, sin soltar la cartera ni merendar el pan con chocolate que tenías preparado, me dedicaba a poner en práctica lo aprendido ese día.

Dña. María, la maestra que vivía en la calle Mayor, al lado del bar de Ramón; sí aquella que tenía tan mal genio, pues ella era mi modelo a seguir en sus refinados métodos pedagógicos aplicados al control de las situaciones complicadas.

La vara de mando siempre a su derecha (claro está), era el argumento más contundente y entendible por nuestras mentes todavía mermadas en capacidades de rebelión.

Y una leve sonrisa ilumina su cara, transportándola, en su atisbo de memoria , a esa etapa de vida joven en la que las facultades todavía responden.

Breves pinceladas dibujarán en su cuadro de lienzo blanco, la calle Mayor que ella recorría de arriba abajo; el bar de Ramón, con su gran rótulo de fondo naranja y letras en negro:

Bar RAMÖN
Café---Aperitivos

y la panadería de Rafael, que emanaba su olor a delicioso pan recién horneado y en la que, a punto de la mañana, con el despertar de los gallos desde cualquier rincón del pueblo, ella recogía la hogaza todavía caliente.

-¡No comáis ahora que os sentará mal!, nos sentenciabas ante nuestra intención de dar un pellizco a aquella corteza crujiente y humeante.

-Y por entonces, para mí, tus gallinas eran mi blanco perfecto.

Alborotadas y chillonas, me proporcionaban el objetivo más adecuado para realizar todo lo que había observado a la profesora.

En mi afán educativo y colaborador con tu trabajo, me esforzaba para que encontraras el gallinero en calma, calladitas y cada una en su sitio, esperando pacientemente la comida que tú les repartías.

Y un brillo pícaro y divertido asoma a sus ojos.

-¡Ya lo sé, ya lo sé, yaya!, siempre fui un poco trasto. Pero es que los animales del corral y, esa especie de pique en el que tú entrabas tan bien, eran un juego emocionante.

Incomprensiblemente para mí, la producción bajó desde que yo intervine, y tú, siguiendo el mismo juego, comentabas con supuesta inocencia:

¡Estas gallinas ponen menos, no sé porqué será!

Y seguías jugando a enfadarte y a perseguirme, tratando de no atraparme para que aquel rato se hiciese eterno.

-Lo hemos pasado bien, ¿eh?.

Sus ojos empiezan a dejar de brillar y, en esta fatiga, su mirada se pierde por la ventana y el recuerdo se diluye en la nube que pasa hasta mimetizarse en el blanco algodón.

-Descansa yaya.

Otro día te contaré cosas de mis hermanas, que también...

Chinín

